

***TE DEUM***

**EN EL BICENTENARIO DE LA INDEPENDENCIA**

**DE LA REPÚBLICA DE COLOMBIA**

*Iglesia de San Ignacio, Bogotá, 18 de septiembre de 2019*

**S. E. Mons. Óscar Urbina Ortega**

**Arzobispo de Villavicencio**

**Presidente de la Conferencia Episcopal de Colombia**

**Lecturas: Flp 4, 6-9; Salmo 85 (84),9ab.10-14; Jn 15, 9-12.**

Saludo Protocolario (*Señora Vicepresidente de la República, Dra. Marta Lucía Ramírez, Señores miembros del Colegio Máximo de las Academias de Colombia, de la Academia de Historia Eclesiástica de Bogotá, de la Academia Colombiana de Historia Militar, de la Academia de Historia de Bogotá, de la Academia de Historia de Cundinamarca y de la Sociedad Académica Santanderista de Colombia, Directivos, docentes y alumnos del Colegio de San Bartolomé, invitados especiales y delegados de Centros de Historia e instituciones educativas. Señoras y Señores).*

Hace 200 años mucha sangre regó nuestros campos. Gracias al sacrificio de nuestros próceres, algunos conocidos, muchos anónimos, se forjó la independencia de nuestra Patria. Los ideales de la independencia y la libertad fueron las razones para vivir y al mismo tiempo, las razones para entregar la vida. Y hoy nos reunimos en esta Iglesia de San Ignacio para dar gracias a Dios por esta gesta llena de heroísmo y sacrificio que cambió el curso de nuestra nación y que nos ha permitido vivir un trasegar de dos siglos llenos de logros y aciertos, pero también de errores y equivocaciones.

Como Bolívar y sus generales se hincaron ante el Todopoderoso, quiero invitarlos a hacer el mismo gesto, dejándonos iluminar por la Palabra de Dios que acabamos de escuchar.

Lo primero que dice San Pablo en el fragmento de la Carta a la comunidad de Filipos, es que acompañemos todas las circunstancias de nuestra vida con una acción de gracias a Dios por las bendiciones que nos concede. Con esta indicación, el Apóstol invita a mirar nuestra realidad y nuestra historia desde una perspectiva de fe.

La fe es un horizonte, una perspectiva de vida que nos ayuda a descubrir la presencia de Dios allí donde los que no creen sólo ven suerte, casualidad, destino, coincidencias...

La fe es una gracia, un regalo de Dios, pero también una capacidad que las personas podemos ir “afinando”, “desarrollando”, “puliendo” a lo largo de la vida. La fe son los ojos nuevos que nos permiten observar en profundidad lo que no se ve a simple vista.

Porque Dios es respetuoso y discreto, Él no se nos impone ni nos avasalla. Si así lo hiciera, violentaría nuestra libertad, no nos dejaría otra posibilidad ni otra alternativa que dejarlo irrumpir en nuestra vida. Así como hecho hombre en Jesucristo se manifestó sencilla y misteriosamente, Dios siempre llama a la puerta de nuestro corazón.

Y es ahí cuando todo se transforma. Es entonces cuando cambian la vida, los valores, las prioridades, las opciones. Con Dios en nuestro corazón cosas que antes eran importantísimas, pasan a ser irrelevantes. Y realidades que habían pasado desapercibidas dan sabor y sentido a todo lo que hacemos. Ese es el valor de la fe.

Y es desde esta perspectiva que quiero invitarlos a conmemorar lo que sucedió hace 200 años. El Papa no ha dicho hoy: “Los proyectos humanos fracasan sin la firma de Dios” (Papa Francisco 18-09-19)

Hacía un par de meses Simón José Antonio de la Santísima Trinidad Bolívar Palacios y Blanco ha cumplido 36 años. En aquella época era mucho más de lo que es ahora porque la esperanza de vida era más corta. Está en la madurez, tras pasar una existencia marcada por la muerte: huérfano de padre a los tres años, de madre a los nueve y viudo antes de los veinte; de las travesuras infantiles, pasando por las aventuras juveniles, saborea el triunfo de su campaña libertadora.

Ha experimentado la ingratitud, el desaliento, el escepticismo. Muchos amigos y conocidos han caído en las redes de la traición, en los fríos paramunos y en los campos de batalla. Escasos 40 días han pasado desde su victoria en el Puente de Boyacá y múltiples y variados son los sentimientos que se agolpan en su corazón. Satisfecho por lo que ha conseguido, está preocupado por lo que falta por hacer, pues la gesta libertadora apenas se inicia.

Y sin embargo, los habitantes de Santafé quieren hacerle un reconocimiento, al igual que a los generales, a los oficiales y a los soldados libertadores. Bolívar accede a regañadientes, encabeza el cortejo que entra en la Iglesia de san Ignacio y llegado a las gradas del Tabernáculo, “hincado ante la Augusta Majestad”, le rinde acción de gracias junto con sus acompañantes.

¿Por qué da gracias Bolívar? ¿No han sido sus esfuerzos los que han llevado al triunfo? ¿No ha sido limosneando aquí y allá que ha conseguido los recursos que lo han permitido? ¿No han sido sus hombres los que han muerto en las batallas? Es cierto.

Pero como hombre de fe, Simón Bolívar es el primero que reconoce que la gesta ha sido posible porque Dios se ha valido de él, de su astucia y tenacidad, de la constancia y valor de sus generales, de la entrega y gallardía de los soldados, del apoyo y generosidad del pueblo, de las palabras y acciones de los clérigos que apoyaron el proceso libertador.

Así como a través de esta gesta emancipadora Dios iba realizando su proyecto de salvación para los pueblos americanos, para España y sus gobernantes estaba trazando nuevos caminos. Por eso es que en otro escrito y con profunda convicción, san Pablo dice que “para los que aman a Dios todo les sirve para su bien” (Rom 8, 28): en el entramado de la existencia, Dios va guiando y acompañando nuestros caminos y va realizando el proyecto de salvación que Él tiene para cada persona, pueblo y nación. Para los que estamos aquí y para los que están fuera, para los que tenemos fe o para los que no la tienen, para los que estamos sanos o para los que están enfermos, para los que tenemos bienestar o para los que pasan necesidades.

Pero es precisamente la certeza de que Dios actúa en nosotros y por medio de nosotras, la que lleva a Bolívar y nos debe llevar a todos a asumir con otra óptica nuestra existencia. Ninguno de nosotros es una casualidad ni un evento fortuito de la historia. Dio nos puso en este mundo con una finalidad y con un propósito: que seamos signo de su amor, instrumento de su misericordia. ¡Qué triste sería que al final de nuestra vida el mundo, siguiera como si nosotros no hubiéramos existido! Dios necesita nuestra inteligencia, nuestras manos, nuestro cuerpo, nuestro ser, para construir un país en el que reine la fraternidad, la justicia, el amor y la paz.

Fácil es percibir que después de dos siglos la independencia no es tal, ni la libertad es una realidad absoluta. Por el contrario, en un mundo globalizado las dependencias son crecientes, los intereses multinacionales parecen maniatarnos, las fuerzas del sistema lo hacen depender del capital y sentirse inamovible. Sin embargo, estamos muy lejos de vivir en la sociedad justa y fraterna a la que todos aspiramos y que es también el proyecto de Dios para Colombia.

La corrupción que campea en distintas esferas es inadmisible. La degradación del valor de la vida es impactante y cuestionante. La violencia que se recrudece y la polarización política que se acrecienta son lamentables. Y frente a eso, surge la pregunta de quién puede hacer algo por cambiar dicha realidad.

La respuesta se encuentra en este recinto: sólo Dios puede hacerlo. Pero Dios necesita de nosotros. En el ámbito en que cada uno de nosotros nos movemos, en el campo eclesial, político, educativo, familiar, profesional, y en el contexto de cada uno, Dios requiere que nos experimentemos instrumentos de su proyecto de amor. En efecto, en el Evangelio que acabamos de escuchar, Jesús les indica a sus discípulos que el camino de la plenitud personal y de la realización comunitaria es el camino del amor. Muchas veces, y de manera tristemente inconsciente, a veces la ingratitud y las experiencias negativas de la vida nos van confinando en el refugio de nuestro egoísmo.

Cuanto necesitamos hoy, ayudados de la mano de Dios, educar a las nuevas generaciones en la sólida convicción que cada colombiano es nuestro hermano, para construir el edificio de la paz, desde sus cimientos.

Si logramos sembrar en la opinión pública el sentimiento de la fraternidad, prepararemos al país para tiempos mejores.

Hoy, a doscientos años de la Independencia, nos aguarda el poder transformar esta tierra colombiana de epicentro de divisiones, antagonismos, luchas y venganzas, en un campo de trabajo fértil, armónico y orgánico, de cooperación y progreso activo del bien común. La paz se arruina cuando olvidamos la fraternidad. Hoy nos dice el Señor: “Esto les pido, ámense unos a otros como yo los he amado”. La paz es la celebración del amor fraterno y la decisión de vivir como hermanos y hermanas.

Ese fue el sueño de los libertadores: Que pudiéramos ser libres e iguales en dignidad y derechos y poder comportarnos fraternalmente unos con otros. Precisamente la fe hace fecunda la ecuación fraternidad y paz.

Que este encuentro con el Señor y entre nosotros como hermanos nos ayude a mantener viva la memoria de nuestra Nación. Esa tarea la realizan las academias aquí presentes. Las raíces son indispensables para que la libertad sea una realidad que construyamos cada día y la independencia un don y una tarea que forjemos juntos cada instante. A ello nos llama hoy el Señor, a construir una patria libre, fraterna y solidaria, reconciliada y en paz, una Nación en la que se respete y promueva la vida y la dignidad de cada persona fundamento indispensable para realizar los Derechos Humanos.

Solo en un clima de paz, se consolida el derecho, progresa la justicia y respira la libertad. Nuestro deber en la historia presente nos impulsa a querer la paz, amarla y producirla. Ella nace solo en corazones libres y generosos.

Démosle gracias con este cántico al Señor, por su presencia, su compañía en estos doscientos años y pidámosle fortaleza y valentía para enfrentar los desafíos de hoy y enrutar las nuevas generaciones hacia momentos nuevos de la Nación, apoyados en los valores fundamentales de la vida, la libertad auténtica, la familia, la justicia, la verdad, la fraternidad, la reconciliación y la paz.

Que la Virgen María acompañe nuestro caminar.